A las tres de la tarde de ese lunes nefasto, las barajas estaban echadas y el príncipe apenas tuvo tiempo de encaramarse en su carruaje de oro para no contravenir al destino.

A diferencia de otros días, cuando sus hermosos corceles esperaban la señal del látigo para partir, esta vez arrancaron raudos a devorar el paisaje con el tropel de sus dieciséis cascos, sin importarles las maromas del pasajero. Detrás venía un pavoroso ciclón pisándoles los talones, y en el alboroto de sus crines revueltas se reflejaba el fragor de los vientos huracanados, que apenas soportaban sus cervices enjutas.

Muy tarde se percató de que iba tirado por unos caballos que no eran sus

animales amaestrados y que en el resoplido de sus narices corvas, la mirada

extraviada y una morisqueta de terror, escondían la índole de unas bestias

apocalípticas.

Por un instante observó que el paisaje era el de siempre, apacible, rodeado

de una vegetación intacta y colmada de aromas naturales y de animales mansos.

Pero ahora ese torbellino lo seguía con unas alas de dragón que cubrían el

cielo y una cola de espirales centrifugadas que se retorcían produciendo en el

entorno un ruido infernal, mientras perseguían a la carroza en la sinuosidad de

un camino de espanto.

En cada curva el paisaje giraba como un carrusel frente a las cabezas de los

despavoridos caballos. El príncipe cerró los ojos cuando el vértigo de la carrera le arremolinó los pensamientos, y sólo se sobrepuso al percatarse de que los caballos no pisaban el suelo y la polvareda había quedado atrás.

Un estampido imprevisto los proyectó en una fuga cósmica a una velocidad

pavorosa. En contraste, los caballos comenzaron a galopar en cámara lenta hasta quedar cristalizados, desvaneciéndose en una estela sublimada de polvo sideral y dejando al príncipe impertérrito con su barba fosforescente escarchada de restos de estrellas.